por tanto amor y tanta pasión. Aspiramos a hacer nuestras las actitudes, opciones y tareas que te llevaron al extremo de entregar tu vida en la cruz.

Deseamos, Señor Jesús,
permanecer contigo
en esta hora y siempre.
Permítenos no abandonarte
en la noche de tu prendimiento;
no negar nuestro ser cristianos
ante los que nos cercan
con su risa o su desamor.

A ejemplo de María, con su Corazón tan próximo al tuyo, ansiamos contemplar tu Pasión para hacerla más nuestra, para dejarnos traspasar por la lanzada del misterio de tu amor. Amén.

Primera estación



Jesús es condenado a muerte



Pórtico evangélico

Pilato le dijo: «¿Luego tú eres rey?». Jesús respondió: «Tú lo dices: yo soy rey. Yo para eso nací y para eso he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». Pilato le dijo: «¿Y qué es la verdad?».

Dicho esto, salió fuera otra vez y dijo a los judíos: «Yo no encuentro en él culpa alguna. Vosotros acostumbráis a que os suelte un preso por la pascua; ¿queréis que os suelte al rey de los judíos?». Entonces gritaron nuevamente: «iA ese no! iA Barrabás!». Barrabás era un bandido (Jn 18,37-40).

Meditación

El Rey que ha venido a servir y que es la Verdad no interesa ni a Pilato ni al pueblo. La Verdad es traicionada y silenciada. Jesús queda relegado al rincón del desprecio, postergado a la fila de los que no cuentan. Parece como si la mentira y el poder cómplices su-



plantaran al que es la Palabra definitiva. A diferencia del gobernador romano, que usa el agua para lavarse las manos, Jesús se sirvió de la jofaina para lavar pies, heridas y cicatrices de los que se sentían maltratados por las inclemencias de su propia historia. Los sueños de fraternidad caen dramáticamente cuando nos lavamos las manos en la palangana de la sangre de los mártires y excluidos.

Jesús sigue siendo condenado a morir. Frente al clamor de la humanidad sufriente, la sordera de la indiferencia parece marcar las pautas del mundo. Es el hambriento en una sociedad donde se almacena comida para todos. Es el enfermo que carece de medicinas y de cuidados dignos. Es el anciano abandonado y víctima de la soledad. Es la vida increíblemente rechazada en las entrañas maternas. Su condena se refleja hoy en tantos jóvenes que, desconcertados, pasean sin rumbo su orfandad espiritual. Y nos seguimos lavando las manos, inmersos en nuestros silencios, seguridades y miedos.

Condenas injustas de poderes y pareceres vacilantes que cercan al que es la Verdad. Él, cuyo yugo es

suave, carga en la fila de los últimos con el dolor de la humanidad, con nuestros pecados y sufrimientos, asumiendo el lugar del que más padece. Así es el condenado a muerte que viene a dar su vida en rescate por muchos.

Por la vía de los santos: san Maximiliano María Kolbe

El comandante del campo de concentración de Auschwitz indica severamente: «El fugitivo no ha sido hallado... Diez de ustedes serán condenados al búnker de la muerte... La próxima vez serán veinte».

Escogen entonces al azar a los destinados a morir. El franciscano san Maximiliano María Kolbe se ofrece en lugar de otro reo: «Soy sacerdote católico polaco; soy anciano; quiero tomar su lugar, porque él tiene esposa e hijos...».

Oración

Al contemplarte, Señor Jesús, condenado, víctima de la injusticia, la mentira y el poder salvaje, te rogamos que, asemejándonos a tu noble corazón, trabajemos cada día por colaborar decididamente al aire de tu Espíritu, con todos los que luchan para que los más desfavorecidos alcancen la vida y la dignidad junto a ti. No nos dejes condicionarnos por las opiniones frágiles que buscan únicamente intereses y prestigio. Contágianos de la autenticidad de tu Palabra y de tu pasión por la Verdad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Segunda estación



Jesús con la cruz a cuestas